

La Filosofía como baluarte contra la obviedad

Wsneider Cano Montoya

Licenciado en Filosofía, Universidad Católica Luis Amigó, Medellín, Antioquia, Colombia; wsneider.canomo@amigo.edu.co

RESUMEN

La pregunta por la utilidad de la filosofía en los días que corren generó la reflexión de qué es lo que esta aporta a la humanidad en tiempos convulsos como los que hoy vivimos. Los ejes temáticos para intentar dar respuesta a esa pregunta son dos estados de ánimo fundamentales en la tradición filosófica para encarar la cuestión de ser en el mundo: la duda y el asombro. Partiendo de allí se analizan factores que han terminado por alejar a la masa humana en general de aquellas preguntas que desde remotos tiempos han sido fundamentales para acercarse a un concepto de realidad, siempre cambiante y coral. Algunos de estos factores son la categoría de “normalidad”, el temor a poner en debate viejas ideas que fundan la sociedad occidental, y, muy importante, el ego de una especie que cree en su capacidad de comprender verdaderamente lo que le rodea. Discutiendo la actitud actual frente a la realidad que determina a la sociedad humana de este siglo, se postulan en el texto algunas respuestas donde el pensamiento filosófico salga de su contexto especializado y aporte nuevas rutas de comprensión, de-construcción y construcción de nuevas y variantes realidades.

Palabras clave: Filosofía; obviedad; verdad; duda; asombro.

El sentimiento aquel de que todo acontece desde la incertidumbre es tópico en el pensamiento de aquellas personas que han visto en el camino filosófico la senda apropiada para comparecer en el mundo. La forma como el hombre de filosofía ha atacado el problema del sentido de lo que es ha sido desde siempre la pregunta: aquella fórmula socrática donde el cuestionar lo que en el acto cotidiano se da por sentado determina la apertura hacia el camino de la posibilidad de la verdad. Sin embargo, y pese a lo fundamental que la filosofía como forma del conocimiento ha aportado a la historia y el progreso del ser humano, viene en paulatina decadencia. ¿A qué se debe el abandono de la filosofía y su forma de intentar comprender el mundo? Quizá la respuesta no sea otra que el afán por lo concreto, legado inobjetable del pensamiento surgido y sostenido por el hombre occidental desde el siglo XIX, aquel que vio nacer vertientes del pensamiento humano como el positivismo y el materialismo. Desde este punto de vista no se trata de denigrar el pensamiento concreto como tal, ha aportado su valoración de lo material como fundamento para el bienestar del ser humano como especie. Lo que sí se pretende es cuestionar el pensamiento que se dice concreto como idóneo para dar respuesta a preguntas que desde siempre se han visto desligadas de lo que puede denominarse como fenómenos naturales. Estas preguntas

ACCESO  ABIERTO

Para citaciones: Cano, W. (2020). La Filosofía como baluarte contra la obviedad. *Espirales*, 5(5), 120-125.

Recibido: 26 de octubre de 2020

Aprobado: 17 de noviembre de 2020

Editor: Rafael Darío de Oro Montero.
Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2020. Cano, W. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.

contienen lo que podría nombrarse como “sentido”, es decir, aquellas cuestiones que intentan ahondar las profundidades de la existencia: la vida, la muerte, Dios, la libertad. Todas estas dudas y cómo determinamos y nos determinan las cosas físicas hacen parte de aquella unidad del conocimiento que es el hombre: ya no va al caso la vieja pregunta de la modernidad sobre el pensamiento racional y el empírico. No, el ser humano históricamente ha echado mano de ambos caminos del pensar, mas hoy se va decantando, poco a poco, por la concretud del pensamiento: adentrarse en las grandes preguntas metafísicas ya no es necesario porque el horizonte del pensamiento no va más allá de lo que se puede ver, tocar, medir.

“Todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber.” (Aristóteles, 1972, p.11). Esto decía el filósofo griego que junto a Platón, estructuraron el pensamiento filosófico que viene desenvolviéndose hace más de 25 siglos. Sí, por capacidades todo ser humano está en disposición de saber, pero esa disposición se ha visto afectada por la facilidad de “acomodarse” en el mundo. Porque es eso lo que tal vez está pasando: el hombre de hoy está rodeado por miles de alternativas que le solucionan el día a día. El sentimiento de bienestar que tanto se busca es el principal artífice de que, hablando de modo particular, la filosofía y sus ya viejas preguntas no tengan cabida en el cotidiano y vertiginoso acto de vivir.

Un paso fundamental de la investigación filosófica es encarar el momento primero del tema que se pretende abordar, es decir, la causa. Para el caso que ocupa este ensayo es propicio hallar el porqué del abandono del pensamiento abstracto como elemento fundamental para “estar en el mundo”. Respuestas pueden ser muchas, sin embargo ahondaré en la que sustenta temáticamente este trabajo: el ser humano ha dejado de sorprenderse. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que hemos dejado de ser como niños, que preguntan y se maravillan ante el más mínimo de los acontecimientos. “Lo que en un principio movió a los hombres a hacer las primeras indagaciones filosóficas fue, como lo es hoy, la admiración.” (Aristóteles, 1972, p.15). El ser humano, contrario a lo que pensó Aristóteles, ha entrado en una edad precaria que lo lleva a dar todo por sentado.

Cuando se habla de filosofía en medios no especializados, como lo son conversaciones cotidianas o en clases de bachillerato, como los más comunes, es inevitable escuchar, casi que al primer momento de nombrar la palabra “filosofía”, una pregunta que, pese a su simpleza, los que de una u otra forma hacen parte de la tradición filosófica, sea por ser estudiantes de ella, docentes o simples entusiastas, deben tenerla siempre presente para construir desde allí el modo de comprender lo que es hoy la filosofía. Dicha pregunta reza como sigue: ¿Para qué sirve la filosofía? La pregunta en principio incomoda, porque para aquellas personas que no están familiarizadas con el medio filosófico creen ver en la filosofía una referencia a conocimientos inútiles, porque son comparados con lo que hoy se define como conocimiento técnico. No es menos de esperar que todo lo relacionado con el saber filosófico cargue con

el prejuicio de la inutilidad; para lo que es la postura ante el conocimiento del mundo que caracteriza al ser humano de este siglo, es apenas esperable que el conocimiento abstracto no le llame la atención. Hoy lo inmediato, lo que soluciona de momento una necesidad, es lo que aparece en el campo de comprensión de la mayor parte de los hombres. Ahora bien, la respuesta que se reclama generalmente ante la pregunta de la utilidad de la filosofía es, para los tiempos que corren, el gran aporte que le debe la filosofía a aquellas personas que ven en esta un conglomerado de saberes poco aportantes a las problemáticas que tan profundamente arraigadas están en la especie humana. Como se dijo en líneas anteriores, si hay algo que el ser humano de hoy va perdiendo poco a poco es esa capacidad de asombro ante lo que lo rodea, ante lo desconocido, ante sí mismo. Hoy todo hace parte de la normalidad, esa especie de categoría donde la extrañeza no es un adjetivo que califique lo que es ajeno a nosotros como especie y como subjetividad. A muy pocos hoy los sorprende una noche estrellada, como también dan por natural y necesario el estar vivos. La humanidad va por el camino de la vida sin admirar todo lo que acontece en derredor suyo, quizá porque sus prioridades son otras o porque ha perdido el rastro de misterio que arrastra la existencia del cosmos, el mundo y él mismo. Cualquiera sea la causa, lo evidente es que se está perdiendo la capacidad de asombro que ha sido el impulso que le ha permitido al hombre enfrentar el desconocimiento del mundo. Sí, quizá hoy se objete ante esta afirmación que el ser humano “conoce” el mundo que habita. Tal vez de forma empírica lo conozca, pero a profundidad, no ha podido resolver el misterio que lleva consigo el cosmos y todo lo que en él existe.

El saber filosófico, desde siempre, ha llevado por bandera la duda y la capacidad de asombro como elementos fundamentales para enfrentar los fenómenos del mundo y, sin duda, el hecho mismo de la existencia humana, que es la pregunta fundamental que como especie el hombre ha intentado responder. Para la filosofía como disciplina existen postulados que sirven como base para intentar comprender el mundo y sus acontecimientos. Estos tópicos, antes de dar por sentado lo que existe, permiten construir y deconstruir lo que entendemos como realidad. Es en el punto inicial de la filosofía donde, primero que todo, la capacidad de admirarse permite agigantar el horizonte de fenómenos, permitiendo una mayor extensión de estos por comprender: “el asombro es la dis-posición (Disposition) en la que y para la que se abre el ser del ente.” (Heidegger, 1960, p. 52). El asombro no limita lo que acontece, antes bien le da apertura y permite aventurarse en la intencionalidad de comprensión, generando nuevas alternativas de conocimiento. Cuando el ser humano se relaciona con el mundo desde la indiferencia, termina por crear un estado de quietud donde unas cuantas ideologías no meditadas (religiosas, políticas, morales) determinan la capacidad de comprensión del mundo. Este es hoy algo estático, incluso mustio. El valor de lo desconocido ya no es relevante, porque en la arrogancia del hombre de hoy es natural creer que somos dueños de una verdad absoluta que nos desliga del fatigoso camino del conocimiento.

“Aquel para quien todo resulta muy natural, para quien todo resulta muy fácil de entender, para quien todo resulta muy obvio, ése no podrá nunca ser filósofo. (García Morente, 2014 p.31). Esto dijo el pensador español, claramente haciendo referencia a aquellos que pretendan adentrarse en la filosofía. Pero aquí no solo se trata de neófitos de la filosofía, sino de todo aquel que se digne ser llamado ser humano. Esa actitud de la obviedad que predomina hoy como vía de escape ante la incomodidad de fundarse en la duda y maravillarse por todo lo que otros dan por sentado, es el camino, la puerta que la filosofía debe ofrecer hoy a la humanidad que se ahoga en un estado de conformismo y bienestar material.

Admirarse, sentir esa divina inquietud, que hace que donde otros pasan tranquilos, sin vislumbrar siquiera que hay problema, el que tiene una disposición filosófica está siempre inquieto, intranquilo, percibiendo en la más mínima cosa problemas, arcanos, misterios, incógnitas, que los demás no ven. (García Morente, 2014. p.31)

La filosofía ha pretendido, con mayor o menor éxito, no obviar la realidad. Esto le permitió poder interesarse por todas las vertientes del saber humano dando cabida a las ciencias que hoy intentan comprender lo que existe. Ante lo que ha sido la filosofía en particular y el conocimiento humano en general, es decepcionante percibir la actitud con la cual el hombre del siglo XXI está en el mundo. El grado de indiferencia ante lo que lo rodea es tal, su egoísmo e individualismo es tan profundo que ya eso llamado humanidad, que era algo así como la esencia del hombre, va siendo relegada por un concepto tan simple de individualidad, que rompe la apertura que desde los inicios tuvo el hombre ante el cosmos. ¿Cómo es posible tanta seguridad ante lo que existe? ¿Cómo las preguntas fundamentales dejaron de tener valor para los tiempos que corren? Indiferencia puede ser la respuesta, quizá la arrogancia del que “todo lo sabe” es otra; pero Estanislao Zuleta (2000) nos advierte de otra posibilidad: “Dostoievski entendió, hace más de un siglo, que la dificultad de nuestra liberación procede de nuestro amor a las cadenas. Amamos las cadenas, los amos, las seguridades porque nos evitan la angustia de la razón.” (p.15). No puede afirmarse que la búsqueda de sentido no genere angustia, es más, la angustia es aquello que nos saca del estado de pasividad ante el mundo y nos deja en un estado donde las convicciones, los dogmas más arraigados se tambalean en su pedestal de verdad. Sí, el ser humano poco a poco se resguarda de la angustia ante la verosimilitud de sus creencias. Hoy basta con vivir en esa burbuja de lo previamente y naturalmente constituido (entiéndase esto como las necesidades proyectadas por los medios); ¿para qué romper esa burbuja si allí afuera nada hay seguro? La seguridad constituye el mayor bien que un ser humano puede atesorar hoy. No importa quien la otorgue, no importa lo que cueste, un mundo donde la razón propia no entre en juego, donde no exista la necesidad de ahogarse en el mar de la duda, es preferible a jugársela por la libertad, aunque el costo sea encadenarse a las ya viejas verdades que solo nominativamente rigen el diario vivir.

Si tengo un libro que piensa por mí, un pastor que reemplaza mi conciencia, un médico que dictamina acerca de mi dieta, y así sucesivamente, no necesitaré esforzarme. Si sólo puedo pagar, no tengo necesidad de pensar: otro asumirá por mi tan fastidiosa tarea. (Kant, 1994 p.7)

Y así, delegando en un sistema la propia vida va la humanidad, aquella especie que se dice racional y que ahora, cuando la técnica y sus progresos han facilitado la concreción de las necesidades básicas, retrocede no a un pasado distante, porque en el pasado la duda y la capacidad de asombro fueron los pilares que proyectaron al hombre a los niveles que hoy presume, sino a un estado de sofocante quietud, donde al parecer nada nuevo hay bajo el sol. Es ante este oscuro panorama donde la filosofía debe aportar la recuperación del estado de inquietud, donde la sana duda resurja del claustro de la verdad alcanzada y la humanidad anhele volver a re-descubrir lo que existe fuera de sí y, más importante aún, lo que somos como personas, como ese yo subjetivo que, al fin de todo, es el lugar donde surge y se agota el conocimiento del acontecer fenoménico. ¿Para qué sirve la filosofía? Es un modo de volver a formular las viejas preguntas fundamentales y, partiendo de ellas, construir nuevas formas de afrontar la existencia en el mundo. El pensamiento filosófico es el baluarte que evita las verdades absolutas y cimienta la duda y el asombro como posibilidades de ser, estar y habitar en este estado misterioso que llamamos vida. Esta intención traducida a un lenguaje poético, que siempre fue fundacional, nos deja este fragmento del poeta mexicano Octavio Paz (2014):

“Se derrumban
por un instante inmenso y vislumbramos
nuestra unidad perdida, el desamparo
que es ser hombres, la gloria que es ser hombres
y compartir el pan, el sol, la muerte,
el olvidado asombro de estar vivos” (p.12).

Referencias Bibliográficas

- Aristóteles. (1972). *Metafísica*. Madrid, España: Espasa Calpe.
- García Morente, M. (2014). *Lecciones preliminares de filosofía*. Bogotá, Colombia: Libros Hidalgo.
- Heidegger, M. (1960). *¿Qué es eso de filosofía?* Buenos Aires, Argentina: Editorial Sur.
- Kant, I. (1994). Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la ilustración? *Revista colombiana de psicología*, (3), 7-10.
- Paz, O. (2014). Piedra de sol. Recuperado de https://homozapping.com.mx/wp-content/uploads/2014/03/piedra_de_sol.pdf

Zuleta, E. (2000). *Elogio de la dificultad*. Cali, Colombia: Fundación Estanislao Zuleta.